

DOS UTOPIAS

María del Carmen MILLAN

LA IDEA DE RESCATAR del olvido a Nicolás Pizarro, novelista nacido en México el 24 de septiembre de 1830 y muerto el 11 de junio de 1895, tomó cuerpo en un Seminario de la Facultad de Filosofía y Letras. Luis Reyes de la Maza estudió la obra completa del novelista y, como resultado, en el número 24 de esta misma Revista de *Historia Mexicana* presentó su artículo: "Nicolás Pizarro, novelista y pensador liberal". Yo me he reservado la tarea de buscar en *El monedero* las relaciones que esta novela tiene con el pensamiento reformista de 1857 y la posible influencia que haya ejercido en *La Navidad en las montañas* de Altamirano. De esta manera mi trabajo complementa el aparecido anteriormente, y ambos pretenden poner de manifiesto la importancia que para su tiempo tuvo Pizarro como intérprete de los ideales de la Reforma.

SON MUCHOS los novelistas que toman asuntos de las luchas de Reforma, de la Intervención francesa o del Imperio para sus novelas, y es dentro de este género, en el periodismo y en el ensayo político, donde puede encontrarse material más rico para juzgar las repercusiones que, en su tiempo o en años inmediatamente posteriores, tuvo la promulgación de las Leyes.

Díaz Covarrubias, Pizarro, Juan A. Mateos, Riva Palacio, Altamirano y Rabasa podrán dar la evolución completa que parta de la situación de decadencia en todos los órdenes que urge la creación de estas leyes, se detenga a observar lo que se espera de ellas, y llegue a advertir cómo degeneró su concepción en la mentalidad del pueblo, al paso del tiempo. Los autores mencionados se han estudiado ya, si no totalmente, por lo menos en algunos aspectos sugestivos e intere-

santes de su obra. Con todo, el novelista que a mi ver es fundamental porque abarca con mayor amplitud y profundidad estos asuntos, Nicolás Pizarro, ha permanecido punto menos que en el olvido desde los entusiastas comentarios aparecidos en las *Revistas literarias* de Altamirano editadas en 1868. Es verdad que no faltan alusiones en las obras especializadas en novelística mexicana, pero en ninguna se le ha dado la importancia que realmente merece, en sí mismo, y como antecedente de obras que han sido justamente elogiadas por la crítica.

Me ha parecido que ésta es la oportunidad, no de hacer un estudio definitivo de la obra de Pizarro, pero sí de llamar la atención de los estudiosos acerca de un escritor que, no por muy olvidado, deja de tener gran interés. Puede advertirse un parentesco muy cercano entre *El monedero* de Pizarro y *La Navidad en las montañas* de Altamirano, publicada diez años más tarde. Por su origen, pretensiones y logros, las dos novelas pueden considerarse como utópicas.

Si en el fondo plantean y resuelven el mismo problema, hay un buen trecho entre ambas, el que va de la pasión a la tolerancia; del momento de exaltación que se vivía en los años del sesenta —en plena Guerra de Tres Años, a un paso de la aprobación de los decretos de la Constitución federal del 57— al momento en que se busca un entendimiento entre facciones contrarias, una fórmula conciliadora para lograr la unidad del país.

Si se considera que Altamirano se hace eco de la idea de que la novela debe ser un medio de educación para el pueblo, se comprende por qué no regatea a *El monedero* de Nicolás Pizarro, aparecida en el año de 1861, ningún elogio. Dice el maestro que cuando era muy joven leyó por primera vez las páginas de este libro y le produjeron agradable impresión, pero que seguramente el autor no lo terminó o no lo divulgó entonces, y apareció remozado y enteramente nuevo años después.¹

Efectivamente, la novela de Pizarro es la primera en su tiempo que contiene en forma determinada y sistemática la aplicación de las Leyes de Reforma y no parece haber sido



Don Nicolás Pizarro (1830-1895)

inspirada por el deseo de recrear a los espíritus ociosos, sino por el más serio de intentar un estudio social. A riesgo de perdernos en la selva intrincada de sus seiscientas y tantas páginas, intentaremos poner de relieve algunas de las ideas que el autor desarrolla y que tan claramente resuenan en *La Navidad en las montañas* de Altamirano.

La ley sobre la desamortización de las fincas rústicas y urbanas propiedad de corporaciones civiles y religiosas, la de la nacionalización de los bienes del clero regular y secular y la de la libertad de cultos dieron a la Reforma un cariz de lucha religiosa a la que se aprestaron, para defender los intereses de la religión, varios ilustres escritores. Era en vano, dice Parra, "que los constituyentes, aun los más exaltados (con excepción de Ignacio Ramírez), hicieran alarde de su catolicismo; en vano el gobierno declaraba a porfía su respeto al dogma; esto no era óbice para que la Iglesia dejara de considerarse perseguida y vejada y fuesen deturpados los que sostenían cualquier medida innovadora".²

Por ser el problema religioso el que de manera tan directa afectaba a la sociedad al cambiar la constitución del clero y sus costumbres, fue éste el tema más apasionante de los escritos que se relacionan con la Reforma. Nicolás Pizarro lo aprovecha para ejemplificar el deber de la religión y de sus ministros en un personaje símbolo, el padre Luis, oscuro vicario de Tepepan, "verdadero sacerdote de Cristo que en cada huérfano veía a un hermano" y ayudaba a los pobres consiguiendo limosnas de los ricos. Su actividad no se conforma con ejercer la caridad, sino que pone en práctica una idea que había de remediar la difícil situación de la gente sin fortuna. Es el fundador de una comunidad a la que llama "La Nueva Filadelfia". Ayudado por caudales puestos en sus manos para hacer obras de caridad, proyecta con todos los detalles necesarios su organización. Se estudia el material de que han de hacerse las casas, su disposición, departamentos de que han de componerse, sin descuidar los lugares de esparcimiento, el sitio que ha de preferirse atendiendo al clima, etc. Se especifica el sistema de trabajos relacionados con la agricultura y las pequeñas industrias.

La Nueva Filadelfia se compone de familias cuyos individuos quieran trabajar auxiliándose mutuamente en todas las necesidades de la vida con un espíritu de verdadera caridad cristiana.

Las bases de la asociación comprenden la garantía de las subsistencias y la seguridad que esa garantía otorga: una educación moral y física integral que atienda también a las facultades del individuo descuidadas en la primera educación. Se ha de fomentar por todos los medios el adelanto individual y colectivo, para hacer posible la simpatía y la amistad humanas. Se habla de lo que en realidad es el progreso social: todo lo que tiende a disminuir directa o indirectamente la injusta distribución de los frutos del trabajo haciendo que participen en ellos con mayor equidad todos cuantos concurren a la producción.

Al fin, la Nueva Filadelfia es una hermosa realidad. Se vencen todos los obstáculos para llevarla a buen término. El esfuerzo conjunto es poderoso y la felicidad no es sólo una invención. El trabajo fructífero destierra la pereza, que en esta institución es intolerable. La mayor parte de los vicios que aquejan a la sociedad han perdido aquí su razón de ser. Ni la envidia, ni la miseria ni la depravación tienen cabida. Se atiende en la Nueva Filadelfia al desarrollo físico, intelectual y económico de los miembros y se busca la igualdad en un alto nivel de dignidad humana. "Hemos realizado lo que muchos no se atrevieron ni a desear", dice Pizarro por boca de alguno de sus personajes. Es posible, es realizable y aun fácil obtener tales resultados. La prueba está ahí, y eso que no se han escamoteado dificultades de todos los órdenes para poner a prueba la organización. Quizá mejoraría, opina el autor, si el gobierno ayudara, pero hay que pagar contribuciones y alcabalas.

Pizarro es un verdadero positivista. Estudia con detenimiento y espíritu científico los hechos sociales, sus antecedentes y sus consecuencias. Su convicción es tan apasionada, tan honda, tan sincera, que si se ha hecho partícipe de las ideas reformadoras es porque está convencido de la necesidad de su implantación. Puede ver, sin embargo, que la aplica-

ción de esas leyes es prematura en algunos casos; en otros, él lleva ciertas teorías hasta sus últimas consecuencias, considerando que es posible avanzar un poco más.

¿Cómo terminar la novela sin que los hombres más prominentes de la Reforma tuvieran la oportunidad de asomarse a la Nueva Filadelfia? Cuando Juárez, el presidente legítimo, escapa de las garras de los pronunciados y sale de Guadalajara con dirección a Colima, descansa con sus acompañantes en el pueblo de Atoyac y pasa cerca de la Nueva Filadelfia; Ocampo, Santos Degollado, Manuel Ruiz, León Guzmán, que llevaban como enseña la Constitución del 57, se detienen a contemplar el espectáculo; un guía les da los datos necesarios y explica a Ocampo el porqué del nombre griego, "Filadelfia". Luego . . . ¿era posible que aquellos afanes cristalizaran? ¡Qué reconfortante pensar en una realización tan cercana y tan vigorosa!

Ya era fácil seguir adelante.

EL AUTOR, llevando muy lejos su audacia, cree resolver en su obra un grave asunto de índole moral. No puede descansar tranquilo mientras el cerebro y la voluntad organizadores de una transformación tan completa cuentan con un cuerpo joven y fuerte. Si el padre Luis está inflamado de entusiasmo por el trabajo y por el bien colectivo, debe llevar una vida como la de todos los jóvenes de su edad, para quienes no están vedados los santos placeres del amor. Viene aquí la relación de las angustias del sacerdote, que no quiere desmentir con hechos los principios de moralidad que ha inculcado. La penitencia y la oración no le bastan para tranquilizarse. El pensamiento del escándalo le produce horror, recordando que el mundo califica tan ligera e impíamente la conducta de algunos sacerdotes. No hay más que un camino, el único limpio: pedir a Roma la relajación de uno de sus votos. "Conviene que el hombre no esté solo", dice el Génesis. Hay que advertir que los pensamientos atormentados del padre Luis no ocurren bajo el influjo de ninguna mujer; son las actitudes normales de un muchacho. Encuentra a su compañera un poco más tarde, cuando es libre y puede formar un hogar

dentro de la comunidad de la Nueva Filadelfia. Desde su puesto de cabeza de familia puede continuar haciendo el bien a los demás como un ejemplo inmediato para los otros hombres que, en igualdad de condiciones, trabajan por el progreso de la colectividad.

La vida de cura pobre de aldea que llevaba el padre Luis antes de la constitución de la Nueva Filadelfia, sirve para explicar la situación miserable que le evitaba la posibilidad de ser útil a sus semejantes porque carecía aun de los medios más elementales; sabemos qué eran los "semaneros" o mozos que los indígenas destinaban al cura en vista de que su pobreza no les permitía contribuir con dinero para el sostenimiento de la iglesia, y cómo la falta de cumplimiento de esta obligación se penaba con graves castigos. Tales condiciones de vida no se parecen en nada a las de los grandes dignatarios de la Iglesia que olvidan los fundamentos de su ministerio para dedicar su tiempo íntegramente a conseguir "bonetes blancos o amarillos". Ocurre aquí lo de siempre: quienes más trabajan son los que menos tienen.

Parece que Altamirano expresó con claridad su sentir respecto a *El monedero* de Nicolás Pizarro. No olvidó ni los problemas que tan ampliamente desarrolla ni la solución que da, y en *La Navidad en las montañas* vuelve sobre los mismos asuntos y propone un sistema de convivencia que se acerca muchísimo al de la Nueva Filadelfia. En *El Zarco*, personajes como Nicolás, o el Tigre, y el ambiente general de la obra, recuerdan cercanamente a *El monedero*.

El personaje principal es también un cura de aldea, que es, por otra parte, un índice de la admiración de Altamirano por el monseñor Myriel de *Los miserables* de Hugo. Este sacerdote de *La Navidad* realiza el milagro de constituir una comunidad que vive de la agricultura y algunas pequeñas industrias para satisfacer las necesidades del grupo y aun emprender pequeñas operaciones comerciales. Se han implantado innovaciones importantísimas como la abolición del metate, sustituido por un pequeño molino de trigo. El régimen de alimentación es asimismo más sano y rico que el usado generalmente en nuestros pueblos, pues considera Altamirano que

la buena alimentación es un elemento de progreso. En la distribución del trabajo se toman en cuenta las aptitudes individuales, con lo cual se logra mayor rendimiento.

El cura de *La Navidad* es un hombre maduro y enfermo. Así se han descartado otros problemas que al autor no le interesaba suscitar. Son los asuntos de convivencia social los que acaparan su atención. ¿Por qué ha de ser precisamente un sacerdote el encargado de llevar a buen término la transformación de los pueblos? La respuesta está en labios del sacerdote:

La religión, señor capitán, la religión me ha servido de mucho para hacer todo esto. Sin mi carácter religioso quizá no hubiera sido escuchado ni comprendido. Verdad es que yo no he propuesto todas estas reformas en nombre de Dios, ni fingiéndome inspirado por él: mi dignidad se opone a esta superchería; pero evidentemente mi carácter de sacerdote y de cura daba una autoridad a mis palabras que los montañeses no habrían encontrado en la boca de una persona de otra clase... el Evangelio no es sólo "buena nueva" bajo el sentido de la conciencia religiosa y moral, sino también desde el punto de vista del bienestar social.

Los dos autores coinciden en que la reforma de la sociedad estaba en manos de los sacerdotes porque éstos habían alcanzado mayor autoridad sobre las conciencias. El camino más corto era ése, puesto que las ideas de fraternidad humana y de caridad tienen su fuente en el Evangelio cuya ley santa es la del trabajo y la hermandad. Ante esta conquista, Altamirano reflexiona y parece que de súbito tiene la solución. "Comprendí —dice— que lo que yo había creído difícil, largo y peligroso, no era sino fácil, breve y seguro, siempre que un clero ilustrado y que comprendiese los verdaderos intereses cristianos viniese en ayuda del gobernante."

No se le escapó a Altamirano el acierto que tuvo Pizarro al hacer de su personaje un hombre igual a los demás, sin el ascendiente que da la pompa de las dignidades. ¿De qué otra manera se fomenta la confianza sino en un plano de igualdad? Así, se siente contento al observar el trato que recibe el cura de parte de sus feligreses, en quienes no hay bajeza servil sino una comprensión de amistad y respeto.

Sus ideas rebasan la reglamentación del trabajo y la organización de instituciones; le interesa la educación de las masas y la instrucción popular, único medio de colocar al país en un nivel digno.

La Iglesia como institución recibe las censuras de ambos. Pizarro critica la práctica de la confesión; Altamirano, la idólatra veneración de los santos, que lleva caravanas de peregrinos indígenas a lugares distantes para dejar a los pies de una imagen famosa el producto de los esfuerzos de un año, abandonando su trabajo, su casa y sus intereses. Y los dos están de acuerdo en reprobar las obvenciones parroquiales, que pesan demasiado sobre los pueblos miserables.

El tema de los conventos de hombres y de mujeres llena varias páginas en la novela de Pizarro y ocasiona observaciones muy acertadas en *La Navidad*. ¿Cuáles son los motivos que impulsan a las muchachas a meterse monjas? Una pasión ofendida, generalmente. La vocación nada importa. Se piensa en el convento como en una salida, una solución para conflictos que nada tienen que ver con la religión. "No es el principio de la beatitud, como neciamente se cree, sino la muerte del corazón, la alucinación, el vértigo, la desesperación del suicida." Describe con detalle la vida de estos sitios, con todas sus mezquindades, y muestra que para sufrirlas es preciso un verdadero celo religioso. Sin embargo, habrá que pensar también en lo que ocurrirá cuando se haga realidad el rumor de que pronto han de cerrarse estos asilos de la pobreza y la orfandad. Antes de hacer efectivas estas medidas, dice Pizarro, será conveniente establecer lugares en que ser huérfana no sea motivo de abuso, y ser pobre, motivo de constante humillación.

Altamirano lamenta que en los conventos se pierda, en el ocio de una vida inútil, lo que podría aprovecharse en trabajos de propaganda evangélica. En los momentos que corren, 1871, los frailes han terminado con su misión civilizadora y pasan sus días en las comodidades y el regalo. Estas razones determinan al cura a pedir su exclaustación para poner en práctica sus propósitos de misionero.

Altamirano ha tomado de Pizarro dos de las ideas que le

parecieron básicas para desarrollarlas en otro sentido: la reforma social hecha realidad por un sacerdote, y los medios que podrían emplearse para llevarla a feliz término. Cuando habla de *El monedero* en sus *Revistas literarias*, hace hincapié en que lo apuntado por Pizarro no es una utopía. Y no lo es, afirma, porque existen todos los medios para llegar a ella y no hay nada que choque contra los intereses establecidos ni contra los principios tradicionales, y porque compagina las máximas del Evangelio de Jesús con las del Evangelio de la Democracia. En realidad, la teoría es practicable y puede aceptarse sin inconvenientes, pero... el complemento de la labor de la Reforma debía haber sido la aplicación de sus leyes en toda la amplitud necesaria para hacer de las libertades, no una fuente de abusos, sino la base de la prosperidad pública. Esta dificultad la percibió bien Altamirano, quien sabe que las costumbres inveteradas del pueblo serán el mayor obstáculo para que prosperen por su cuenta y riesgo, solas, las brillantes teorías reformistas.

UNO Y OTRO AUTOR están de acuerdo en que la base de la transformación de los pueblos de México ha de ser el mejoramiento económico, el destierro de la miseria y la confianza en la seguridad personal. El gran problema permanece aún en pie, pues los procedimientos que indicaron como fáciles y practicables no se han puesto en vigor... Desgraciadamente para nosotros, la utopía continúa. Con acopio de datos reales, tomados de un medio que tan bien conocían, se engañaron al tratar el problema aisladamente, sin relación con la economía política internacional y desatendiendo los antecedentes históricos que con mayor realismo presentan las causas de nuestra típica miseria. Pero si las novelas que comentamos no valieron como solución inmediata, propagaron, en cambio, ideas que era necesario fueran del conocimiento general, depositando un poco de confianza en los corazones para que creciera en ellos el deseo de colaboración que, indudablemente, hace grandes a los pueblos y mejores a los hombres.

Pizarro trata todos los temas relacionados con las costumbres de su tiempo y con la Reforma. Los que se refieren al

clero ocupan buena parte del libro porque están vistos en particular, a través de un personaje, y en general, como ambiente que determina relaciones humanas. Ahí está como ejemplo un tipo, don Justo Amable, santurrón con todas las características de los malvados: lascivo tartufo que medra con la miseria de las muchachas desamparadas, servil con los poderosos, y cuyas fechorías llevan el sello de la falsa bondad y de la caridad espuria; lobo con piel de oveja a quien es difícil probar sus intenciones perversas. Pero el hombre no es malo por naturaleza, y una dura prueba lo hace volver al camino del bien. Su excesiva ambición, su ridícula actitud de amante indeseable, su mañosa compasión, sufren un cambio total cuando a causa de un accidente se ve muy cerca de la muerte. Esto le sirve de estímulo para llevar posteriormente una vida de acuerdo con su edad y su posición, encuadrado en su propio terreno, sin aparecer ya repugnante. Hago notar este caso porque no es frecuente en los villanos novelísticos del siglo pasado. Se puede ver aquí que los principios de la Reforma consideraban entre sus aspiraciones la regeneración de los perversos y su reincorporación a la sociedad.

La médula de la novela de Pizarro es la vida en común, en igualdad de condiciones, y la cooperación de todos los miembros para el progreso colectivo, lo que él llama "socialismo". Juzga que, si no se ha puesto en práctica este sistema, es porque los pueblos no han gozado realmente de libertad, y que cuando hacen un esfuerzo en favor de ella sólo muestran sus vicios y su ignorancia.

Partiendo de este punto, no podía menos que tomar en cuenta a la mujer como elemento de trabajo que por atraso de la sociedad se desperdiciaba lamentablemente. De ahí la atención que concede a las mujeres. Las muchachas ricas pierden su tiempo en frivolidades inútiles, "yedra que se seca y muere cuando no tiene en qué apoyarse". Las pobres están insuficientemente educadas y no tienen más camino que la degradación o la labor pésimamente pagada y agotadora de sus fuerzas, la costura. Pizarro conviene en que su situación de inferioridad, equiparable con la esclavitud, tiene por origen la ignorancia. Se encarga de mostrar cuán eficiente pue-

de ser la mujer si se la entera de los negocios y proyectos de los hombres. Ella puede ver algo que a éstos se les escapa. Puede también, con conocimientos y buena voluntad, manejar por su cuenta un negocio; puede ser, y lo es de hecho, verdadera compañera y ayuda del hombre. Nunca más una carga pesada o un lujo. La superioridad del hombre se reduce a la dirección de la familia y al respeto doméstico. Pero tanto el hombre como la mujer sienten restablecida su dignidad humana, porque en igualdad de condiciones todo lo comparten en el disfrute y en la responsabilidad.

LOS PERSONAJES, ya lo hemos dicho, son simbólicos; encarnan una idea, un grupo social... Pizarro es muy cuidadoso de mantener los principios establecidos, y procura no introducir doctrinas que puedan alarmar a los lectores. Así, todas sus teorías sociales están desprendidas de las doctrinas evangélicas; el ejemplo que hay que seguir es el del Redentor del mundo; la cualidad más valiosa, la caridad; el defecto más reprochable, la traición. No es un innovador en cuanto a la técnica ni tiene intenciones de cambiar el gusto de sus contemporáneos introduciendo variaciones en el sentimiento central que mueve toda la trama, el amor. Continúan las dulces y hermosas heroínas amando y esperando al hombre de sus sueños. Y éste no puede carecer de atractivos: apostura, valentía, generosidad, ternura, inteligencia. El lector respira y sonríe ante el encuentro final de los enamorados, que a causa de incidentes desfavorables, de interpretaciones equivocadas o de las malas artes de los villanos, se han perseguido inútilmente a través de largas horas de lectura.

Pero si esta historia parece tan igual a otras en su aspecto externo, sólo es, en realidad, el pretexto para desarrollar, no una ni dos, sino todas las ideas sociales de la Reforma. Es verdad que el personaje femenino central responde a las características de sus compañeras de destino, pero ahí están otras muchachas que, si no llevan la responsabilidad de la primera figura, pueden ser perfectos vehículos para poner de manifiesto la teoría del autor. Con ello se puede demostrar que Pizarro es realista, porque, al lado de las heroínas comunes

a esta clase de novelas, se mueven otras que poseen cualidades que él no regatea a las mujeres.

Antonia ejemplifica a una muchacha que, habiendo quedado en la orfandad y la miseria, con ayuda de Fernando y por agradecimiento a él se constituye en una habilísima mujer de negocios que regentea una tienda de ropa después de haber recibido clases de contabilidad. La tienda se ha organizado con dependientas que, además de desempeñar un trabajo agradable, supervisado por una muchacha activa, útil y simpática, reciben una participación equitativa en las ganancias totales. Además del deseo que tiene Pizarro de llevar adelante su teoría económica del aprovechamiento de todos los miembros de la comunidad, parece que busca una victoria contra la tan traída y llevada pereza de los mexicanos. Parte de la misma explicación que Clavigero daba a este capital defecto. ¿Qué interés puede tener un hombre en quemar sus fuerzas, en agotarse en un trabajo que beneficiará sólo a un patrón déspota? ¿Por qué ha de preocuparse uno por algo que van a arrancarle de las manos en cuanto esté listo para que lo emplee otro que en cambio no le dará ni una palabra agradecida? La situación, que ya no es precisamente entre españoles e indios, prevalece, y es más grave. El trabajo es un castigo y a nadie le gusta estar castigado. El trabajador, además de tolerar con disgusto su situación de inferioridad, va alimentando odio contra lo que lo oprime y lo agobia. La distancia entre dos clases sociales se agiganta, y el problema social se agrava. Por esto, cuando habla Pizarro de los logros de la Nueva Filadelfia, dice que ahí no tiene razón de ser la pereza, vicio el más imolerable, puesto que precisamente se funda esta sociedad en el trabajo común, coordinado de acuerdo con las personales capacidades de los miembros, para beneficio de todos.

Siendo más justa la distribución del trabajo y entendido éste como una bendición y medio efectivo para conseguir la felicidad, falta, para desterrar cualquier absurda superstición, hacer comprender a los demás que esta vida no es un valle de lágrimas para sufrir y sufrir con paciencia, ni una senda corta y dolorosa que conduce a la vida perdurable; ni la

muerte es un castigo. El mejorar las condiciones de vida está en la mano del hombre; los pequeños problemas de cada uno son indiferentes a la divinidad, y la muerte no significa sino uno de tantos cambios en la evolución de la naturaleza. ¡Nuevas otra vez, las antiguas teorías que el positivismo pone de moda con el mismo fin con que Lucrecio las desarrolló en su poema filosófico *De la naturaleza de las cosas*, y que la Reforma toma para contrarrestar la excesiva autoridad de la religión en la conducta moral del pueblo!

Volviendo a las heroínas, veremos cómo las aprovecha Pizarro. La sensibilidad extrema de una jovencita que ha vivido siempre en el campo, alejada de toda comunicación con personas de su edad, pero a quien no se han regateado las luces de las ciencias, la guía de la moral y el respeto a la divinidad, puede ser medio eficaz para ensayar experimentos de magnetismo. Nicolás Pizarro, como la mayor parte de sus contemporáneos, está dentro del endiosamiento de la ciencia, y se vale de un artificio de esta naturaleza para zanjar un problema técnico.

¿Cómo saber lo que ha sucedido con uno de los personajes? ¿Se ha salvado de la trampa mortal en que se le hizo caer? ¿Dónde se encuentra? María hace oficio de *medium*, y en un trance agotador da noticias de lo increíble. Así se sabe que Fernando no ha muerto y que es monedero falso aunque siempre haya hecho buen uso del dinero. Lo interesante es que el autor trata de evitar a toda costa que estos procedimientos parezcan cosas de charlatanería a los lectores poco informados, y hace la cita completa de un libro francés: el de Charpignon, *Fisiología, medicina y metafísica del magnetismo*.

Esta precisión en todos los asuntos científicos tiene muchas oportunidades de demostrarse a lo largo del libro. Geográficamente, se puede situar cada uno de los lugares mencionados porque se dan datos acerca de la situación, el estado de los caminos, el número de habitantes, las lenguas que se hablan, las costumbres, el clima, la distancia que media entre unos y otros; se hace relación de los productos medicinales sacados de las plantas con sus nombres indígenas, y con indi-

cación de su empleo y utilidad; se dan definiciones de palabras que no son usuales o que aparecen en lengua indígena, y referencias a hechos históricos de diferentes épocas y una muy amplia información del estado de cosas contemporáneas.

María posee, además de la indispensable belleza, otras cualidades que la hacen peligrosamente atractiva para el protagonista: paciencia y ternura que él disfruta ampliamente cuando por una extraña casualidad puede ella intervenir en su larga curación. La solución de un conflicto tan desesperado no es difícil. Él, Fernando, está comprometido moralmente y tiene como deseo fijo el casarse con Rosa Dávila, pero en sus andanzas ha encontrado a esta flor del campo dispuesta a darle su amor. Sabe que podría ser feliz a su lado eliminando la sombra funesta de su padre, el Tigre, y, en un momento, nada le importa fuera de la compañía de esta niña dulce y cariñosa. Es explicable: un hombre puede querer a más de una mujer sin que interfieran los cariños, y una muchacha puede olvidar. Sin embargo, lo único que *no* podía ocurrir era que el autor desperdiciara la ocasión de describir un hermoso sitio, cercano a las grutas de Cacahuamilpa, la guarida del Tigre, sin rodearlo del encanto que pudieran proporcionarle el misterio y el amor.

EL PROBLEMA DEL INDIO no podía pasar inadvertido para Pizarro, fanático de los asuntos sociales. Uno de los personajes principales, Fernando Hénkel, es indígena.³ El apellido alemán le fue regalado por su protector, único padre conocido para él y a quien debía el haber llegado a ser diestro grabador y maquinista, iniciado en los secretos de la química. Sus desventuras amorosas corren a cargo de su color bronceado y de su actitud reservada y tímida. Pero por eso mismo puede, en cambio, recorrer los caminos infestados de ladrones, completamente seguro, transportando las monedas falsas que pudieron comprar la felicidad de un grupo considerable de individuos. Si hasta lo más santo está falseado, ¿por qué no podía él, con su inteligencia y habilidad, corresponder engaño con engaño cuando el fin era lícito? ¿Es buena la moneda que compra pergaminos para transformar a un servidor

mexicano en conde o duque español que reniega de su origen y adquiere, prestados, modos de hablar y modales de extranjero? ¿Es bueno el dinero que traiciona a la patria y quiere buscarle gobernante no mexicano?

Fernando no ha renegado nunca de su raza y ayuda cuanto puede a los suyos. Cree mirar, en cada indio desvalido y ahogado en la superstición, a los padres que nunca conoció. Habla en su lengua nativa a sus hermanos y los favorece con enseñanzas o con elementos que hagan menos duro su trabajo o su situación. Él no es otra cosa que un buen ejemplo de lo que podrían ser los indígenas en mejores condiciones de vida y con educación acorde con sus aptitudes. Es ¡claro está! el ejemplo de lo que debieran ser *todos* los indios mexicanos. La verdad es que hay muchos que tratan de no recordar su antigua lengua, como para borrar su ascendiente, y que adoptan costumbres que les hagan olvidar, por lo menos a ellos mismos, que son indígenas. Los gobiernos tampoco han hecho nada efectivo para resolver el problema de cinco millones de indios carentes de toda instrucción y agobiados por las necesidades más apremiantes. Al contrario, alcabalas, levas y obvenciones parroquiales conspiran para extorsionarlos y hacer su situación verdaderamente inhumana.

Pizarro quiere llegar, por medio de su personaje, a la conclusión de las altas aptitudes de los indígenas no sólo para la imitación sino también para la creación, repitiendo las ideas que Clavigero adelantó en el siglo XVIII y que se hallan expuestas ya en el "Conquistador anónimo".

Hay aún otro ejemplo, el del indígena rebelde ante una situación injusta, que al no hallar un medio lícito para vivir y trabajar tranquilo, se convierte en bandido cuya ferocidad se trueca en dulzura en presencia de su hija María, para la cual acumula riquezas y busca bienestar. Este tipo, mezcla rara de padre cariñoso con algo de brujo por sus conocimientos de las propiedades de las plantas, celoso guardián de sus tesoros, matón despiadado, y al mismo tiempo sensible a las bellezas de la naturaleza, nos interna en otra parte de este mundo, aquella que tan sugestiva fue también para novelistas como Manuel Payno o Altamirano⁴ y que les hizo llenar de

anécdotas divertidas o pavorosas los largos caminos de un país expuesto a las acechanzas de bandidos no por pintorescos menos inflexibles y peligrosos. Buena parte de la acción de esta novela queda en las intervenciones de los salteadores de caminos que hacen un poco de labor providencial, porque detienen un correo que no debía llegar, o liquidan de un machetazo una vida entera de perversidad e ignominia, o prolongan la desesperada agonía del extranjero rapaz; o que, en compensación, causan el arrepentimiento de un hombre y el regocijo de pasajeros avezados a los peligros, e indudablemente, también de los lectores.

AL PINTAR la sociedad de los años de la intervención norteamericana, la importancia de las luchas, y las demostraciones patrióticas de los ciudadanos, tiene Pizarro la oportunidad de atacar al ejército por su sistema de ascensos a base de lamentaciones y audacias, sus canonjías e inmoralidades, el mal trato que sufren los "asistentes", verdaderos siervos de los miembros de mayor jerarquía, la falta absoluta de escrúpulos en todos los órdenes. La mira que los guía es el enriquecimiento; y el procedimiento para obtener bienestar y fortuna es el pillaje, cuya primera víctima es la población civil.

Una novela como ésta, tan profusa y ambiciosa, debía contar, para asegurar su buen éxito, con un fondo histórico. El tema está relacionado con la intervención norteamericana de 1847. Pizarro es siempre un teórico y no entra nunca en un asunto sin antes haber apuntado sus antecedentes históricos y sociales. Hace entonces su interpretación de lo que fueron y de lo que consiguieron las luchas de la Independencia, y retrata la situación política que predominaba hacia 1844, cuando la nación había arrojado del poder al funesto Santa-Anna. Explica la aparente veleidad de la nación mexicana que dos años más tarde vuelve a recibirlo triunfalmente en la capital, "tirada su carroza por el pueblo", porque todos estaban dispuestos a perdonarlo si vencía a los norteamericanos. Se anotan y comentan las seis proposiciones del partido conservador a Santa-Anna y los subterfugios que ayudaban a dividir a los liberales, y se expone con todo realismo

la situación de México frente a los Estados Unidos. Esa terrible guerra del 47 no era, dice Pizarro, sino la consecuencia de nuestra indolencia, de nuestras discordias insensatas, de nuestra organización defectuosa...

¿Qué ha podido producir, sino males, esa concentración de la propiedad raíz y de inmensos capitales en manos de los que enseñan el desprecio de las riquezas, esos comandantes generales viciosos que han ido a alimentar su fausto de sátrapas en los Estados, esos gobernadores tiranos e importantes que no han sabido ni querido tal vez proteger a sus súbditos de las depredaciones de los salvajes y que sólo se han ocupado de facilitar el contrabando arruinando al erario? ... La gran república norteamericana, que sabía todo esto porque en mucha parte lo ha causado..., despacha sus ejércitos para invadirnos y pavonearse después con la victoria que nosotros mismos les hemos dado...

¿Es que aún no hemos caído en la cuenta de cuál es el enemigo contra el que ha de emplearse ese encarnizamiento que hemos demostrado en medio siglo de luchas fratricidas? Es natural, reflexiona el autor, que no exista entusiasmo en el pueblo para defenderse, porque hace muchos años que, sea cual fuere el partido triunfante, la situación que se ha conseguido como fruto de la libertad es la extorsión.

Pero, si hemos de ser el antemural que sostenga la libertad de las naciones hispanoamericanas amenazadas, "debemos oponer la democracia pacífica a la democracia desbordada, y a las instituciones liberales, pero falseadas en su base por contener en ellas la esclavitud y la despreciativa distinción de castas, el *orden verdadero* que es la genuina libertad aplicada a todas las clases, a todos los hombres que quieran vivir bajo nuestro cielo".

Por otra parte, se recuerda y glorifica a los héroes de Churubusco, del Molino del Rey y de Chapultepec. Pasa fugazmente la sombra del coronel indígena Xicotécatl, que selló con su muerte una carrera gloriosa en que sirvió a la libertad y a la independencia de su patria. Se escuchan los gritos "del pueblo más sumiso del mundo" pidiendo parque, y sus rugidos de satisfacción al arrebatar al soldado norteamericano muerto, las armas y municiones con que continuaría esta lu-

cha desigual. Vienen después la retirada silenciosa del pueblo y los horrores del saqueo, la noche del 14 de septiembre.

Las semanas y meses que siguen a estas fechas llenas de sobresaltos, de injusticias y de desprecios, abonan la semilla del odio en los patriotas, mientras los que no lo son, buscan transacciones ignominiosas que les reporten personales beneficios. Algunos soldados norteamericanos permanecen en el país viviendo como particulares, fingiendo ignorar la falta de voluntad de los nacionales aun para cambiar un saludo. Atentos a redondear la fortuna que por primera vez les sonrió la noche del saqueo, de un solo golpe se dan cuenta de la situación del país y saben cómo aprovechar todas las oportunidades.

A pesar del fondo tan técnico de esta novela, no puede el autor liberarse del influjo directo del romanticismo. Éste se deja ver en los temas, pero también en las reflexiones conmovidas sobre el dolor y la tristeza, en las lágrimas de beatitud y comprensión que suavizan las penas y hacen más cercana la imponderable presencia de Dios, en la solemne voz de la eternidad que fortalece el ánimo con la seguridad de una vida eterna de justicia y verdad. Tampoco faltan las imprecaciones ni los arrepentimientos, pero donde se dan la mano sentimiento y realidad es en la descripción de los paisajes. Es conmovedora la pintura que hace de la ciudad de México, rodeada de lagos, y las diferentes tonalidades de vegetación que pueden contemplarse al fatigoso trotar de una diligencia que hace el viaje de la ciudad a diferentes puntos del Estado de Morelos. El retrato que se ofrece de San Ángel es el de un lugar distante del centro, sitio de recreo de las familias ricas, de clima benigno y atractivos jardines. Cambia totalmente el paisaje por el rumbo de Tenancingo. Las rutas se alargan hasta la Baja California, Colima, Guadalajara o Atoyac, señalando detalles, distancias y peligros.

Los cuadros de costumbres también abundan: días de mercado, paseos, vida de los barrios, costumbres de personas de diferentes clases sociales, trajes que usan, tratamientos y formas peculiares del habla.

Sería interminable el comentario si nos detuviéramos en

cada uno de los tópicos que trata Nicolás Pizarro. Baste, para reconocer la importancia de esta novela olvidada, considerar las notas hasta aquí expuestas. Tiene *El monedero* una trama interesante de intrigas e infortunios, capaz de mantener la atención a pesar del contenido doctrinario; expone con habilidad y discreción las teorías sociales más avanzadas en una época muy temprana, aderezadas con todos los elementos novelísticos en boga, de manera que sea insensible casi la introducción de innovaciones tan radicales en cuanto a la convivencia y a la interpretación política del momento. Pizarro justifica, por medio de los distintos episodios de su obra, cada una de las leyes reformadoras, y explica por qué es tan necesaria su aplicación. Su pensamiento filosófico tiende a la elaboración de un sistema en el que consten todos los datos de orden científico, estadístico, político, étnico, religioso, histórico, social y hasta literario que sean necesarios para iniciar la reconstrucción del país sobre bases menos deleznable. Su llamado vigoroso a la conciencia del pueblo no se vale de la demagogia, sino de la presentación concreta, documentada, y de aplicación de las ideas nuevas para encontrar el beneficio nacional. Es en realidad *El monedero* un tratado, un ideario antes que una novela. Tiene mayores relaciones con el *Catecismo de moral* (1868) del mismo autor o con el *Catecismo político constitucional* (1887) que con sus otras novelas de costumbres: *La coqueta* (1861) y *La zahorí*, la "novela filosófica" aparecida, incompleta, en las páginas del *Semanario Ilustrado* (mayo a octubre de 1868).

¿POR QUÉ hemos dicho que tanto *La Navidad* como *El monedero* son utopías? Lo primero que hace Altamirano al comentar *El monedero* de Pizarro es defenderlo *a priori* de la interpretación que alguien pudiera darle de novela utópica. Pero diez años después, cuando él mismo se sirve de esta obra para escribir *La Navidad en las montañas*, concretando y aplicando esas teorías de manera más directa, clarificando los conceptos, sin dar análisis, consideraciones, cuadros ni ejemplos, para facilitar la lectura, el problema continúa en pie, y de su potencia de realización no ha salido sino otra teo-

ría, más fácil que la anterior, de indiscutible acceso para su pronta aplicación, pero también, indudablemente, más literaria, poética e idílica, porque tiende a conjugar la efusión sentimental de una Navidad poblada con los recuerdos de la infancia y realizada por la belleza del paisaje, con un programa de convivencia social, tan armonioso y humano que no puede entenderse sin el antecedente de que Altamirano busca la fórmula de tolerancia que logre la unión del país. De hecho, la diferencia entre las dos utopías está en su aplicación, puesto que la base es idéntica.

El pensamiento de Pizarro es científico, analítico, práctico y violento. El de Altamirano, poético, idealista, sintético y conciliador. Pero tanto uno como el otro buscan lo que el país anhela como fin más alto: la consolidación económica y la unidad social y política del pueblo mexicano.

NOTAS

1 Ignacio M. ALTAMIRANO, *Revistas literarias de México*, edición de "La Iberia", México, 1868, p. 56.

2 Porfirio PARRA, *Sociología de la Reforma*, México, 1948, p. 35.

3 Altamirano presenta en el Nicolás de *El Zarco* a un personaje semejante a Fernando, de origen indígena y despreciado por ello; y es, asimismo, hábil herrero, noble, inteligente...

4 En *El Zarco* aparece un bandolero llamado también el Tigre, igual al de Pizarro, que tiene como campo de acción las regiones azucareras de Morelos. Ambos recuerdan al famoso "Tigre de Álica" en Jalisco.